



CONSUMOS DE LAS NUEVAS CLASES MEDIAS:
FRAGMENTACIÓN DE PÚBLICOS EN LA ARGENTINA
CONTEMPORÁNEA. UNA MIRADA A PARTIR DE LOS LIBROS

ANA WORTMAN¹
IIGG-UBA

Introducción

En la Argentina y en Uruguay, aún más, tener una identidad de clase media estaba estrechamente vinculado con el consumo cultural y el acceso a cierto bienestar: el sueño, hace 40 años posible, de la casa propia, el auto, cierta modernidad tecnológica, una familia reducida, vivir cerca de los centros urbanos y proyectarse hacia el futuro fundaban básicamente esa identidad. Esta forma de movilidad social y de aspiración para las viejas clases medias encarnaba los valores de la modernidad. Pero como hemos analizado en sucesivos trabajos (Wortman 2003, 2004, 2009), esa forma de modernidad ha cambiado y se manifiesta a través de nuevas aspiraciones. En ese sentido Martin Hopenhayn (2001) señalaba que el relato de la modernidad occidental que encarnaron las clases medias en el Cono Sur, fundamentalmente, asume otras características en el contexto de la globalización. Ahora la integración es cultural, signica y simbólica, más allá de que las diferentes clases sociales accedan desigualmente a los consumos y se reproduzcan procesos de desigualdad social. En un contexto de debilitamiento socio político de las clases medias, nos preguntamos cómo se resignifican los consumos típicos de las clases medias hasta mediados de los años setenta como fueron el cine y los libros, del mismo modo que Jameson habla de la lógica cultural del capitalismo tardío como un nuevo tono emocional base, la relación de las clases sociales con la cultura letrada y con el leer en una cultura como la actual, audiovisual, donde lo letrado pasa a tener otro significado, pero no la funda.

Como se ha señalado (Hopenhayn, Franco y de León 2010) la relación cambiante entre el consumo y la identidad de clase suscita algunos interrogantes. ¿Es posible pensar una

¹ Dra. en Ciencias Sociales, UBA. Investigadora del Área de Estudios Culturales del Instituto Gino Germai FSOC/UBA. Actualmente dirige un proyecto UBACYT 2011 2014. Intermediarios culturales y capital social.



relación de la clase media con distintos tipos de bienes, en diferentes momentos históricos? ¿El consumo siempre define a la clase media de la misma manera, o en determinadas configuraciones histórico-imaginarias se le imprime más valor o prestigio a la posesión de ciertos bienes en detrimento de otros? ¿Puede afirmarse que en los años sesenta una familia tipo gastaba más en “cultura” que una de la clase media actual, o la actual gasta en otra cultura?

El consumo cultural en las clases medias modernas

El temprano desarrollo de la industria del libro en la Argentina da cuenta de la existencia de un público lector, recientemente alfabetizado. Este fenómeno ha sido señalado entre otros por Beatriz Sarlo en diversos trabajos y también por otros provenientes del campo de las ciencias de la educación. Sarlo destacaba ya desde el título *Buenos Aires, una modernidad periférica* precisamente la relación entre mayor educación y mayor modernidad de una ciudad en relación a otras en América Latina, es decir, daba cuenta de un público ávido por novedades tanto europeas como nacionales, el crecimiento paulatino de una literatura local y también de traducciones de la literatura universal en relación a una curiosa y novedosa vinculación con la cultura letrada. La diversidad de producción de libros baratos permitió que un amplio abanico de los trabajadores ahora argentinos, que en los años 40 y 50 se constituyeron como clases medias, se configurara como consumidor de libros.

Asimismo, el crecimiento de la matrícula universitaria hacia fines de los años 50 y 60 incidió en la conformación de un público más culto y exquisito, ahora ya no proveniente de las viejas elites sino derivado de cierta sofisticación de un sector de las clases medias que accedió masivamente a las aulas universitarias, ávido de nuevas propuestas.

Diversos autores (Terán 1991; King 1985; Gociol 2002; Getino 1995) hablan de un boom de lectores. A las grandes editoriales (Sudamericana, Losada) se unieron pequeñas empresas (Centro Editor, Jorge Álvarez y De la Flor, entre otras). EUDEBA empezó a producir ejemplares baratos de textos clásicos en tiradas de decenas de miles de ejemplares. Mientras que a principios de la década del sesenta una obra a lo sumo podía vender una impresión de 2.000 a 3.000 ejemplares, a fines de esa década las cifras habían aumentado a 25.000 ejemplares por año. Cabe señalarse que las condiciones del



mercado en los años sesenta eran muy diferentes a las actuales, había un público creciente y una política editorial más agresiva (King 1985: 23).

Debilitamiento de la cultura letrada y diversificación de las clases medias

Con los años de la dictadura militar se produjo un quiebre en las prácticas sociales, coincidente con cambios culturales que se dieron a nivel universal. Posteriormente, y en coincidencia con cierto optimismo social y político, se produjo cierta recuperación del consumo de cine en salas, en los segundos ochentas y también en los segundos noventas, aunque nunca se volvió a los estándares anteriores a 1974.

De ciudad de mezcla a ciudad marcada por la inversión inmobiliaria (Palermo, Puerto Madero), el crecimiento de los shoppings produce un trazado que revela una mayor fragmentación y creciente polarización social. La desaparición de los cines de barrio, alejados del Centro, y la emergencia de microcines situados en los centros de consumo, en barrios de alto poder adquisitivo, constituye un síntoma de esta transformación. También las librerías atraviesan profundas transformaciones, tanto en su estética, como en la distribución de los libros, en la atención al público (Benzecry 1997), qué es lo que se muestra en la entrada y el ciclo de ubicación de novedades en el espacio, en el marco de los cambios de la industria editorial y los procesos de globalización que generan una creciente concentración

Emergencia del discurso de los post, los noventa, las clases medias y la cultura letrada

Efectivamente, los años noventa constituyen un antes y un después en la industria editorial y en la relación de la sociedad con los libros. Según Malena Botto, desde los años 90 la industria del libro experimentó un crecimiento en términos estadísticos, que no corresponde con una efectiva recuperación de la circulación y edición del libro de autor argentino (Botto 2006: 209), que vio agudizada la crisis en la que cayó desde la década del 70. En un informe del CEP se constata que si en los 80 esta industria presentó los niveles más bajos de producción, en la década del 90 presentó un importante crecimiento, editándose alrededor de 52 millones de libros (CEP 2005). Este fenómeno se acompañó de un proceso que afecta la industria en todo el mundo: la reducción de las tiradas. Si en la época de oro la tirada rondaba los 11.000 ejemplares,



en los 90 esta tirada se reduce a 2.000 o 3.000 ejemplares, llegando a un número de 500 a 1000 ejemplares para las pequeñas editoriales, lo cual puede interpretarse como un signo de una disminución de lectores efectivos y como muestra del proceso de segmentación de la demanda (Botto 2006).

No obstante ello, más allá de la evolución del ciclo económico, existen otros factores de carácter más estructural que afectan el desempeño de esta industria, entre los que se encuentran la educación, la distribución del ingreso, el nivel de desarrollo social, entre otros.

¿De qué estamos hablando cuando hablamos de público lector?

La Argentina no se caracteriza por tener buenas estadísticas, y menos aún en el plano del sistema cultural, que hayan sido generadas sistemáticamente, lo cual hace muy difícil establecer comparaciones. Como parte de cierto discurso de la gestión cultural global se ha instalado la necesidad de medir los consumos culturales en vistas a generar políticas y emprendimientos diversos, de allí que más recientemente observamos, en particular desde hace 15 años, la recurrencia de encuestas y preocupaciones mediáticas por el tema, aunque no queda del todo claro el grado de convencimiento en la utilización de estos procedimientos.

Constituye una práctica relativamente reciente la realización de encuestas sobre consumos culturales, y dada la inestabilidad institucional, aun en casi 30 años de continuidad democrática, las encuestas son muchas veces difícilmente comparables porque no se utilizan los mismos parámetros ya que las encaran distintos equipos de investigación, pertenecientes a instituciones públicas, universidades y a veces a privados, consultoras nacionales o internacionales.²

A su vez, como decíamos al principio, no solo cambian los bienes de interés, sino el significado cultural de esos bienes. En ese contexto de cambio cultural postnoventa, la cultura del libro asociada a la modernidad viene modificándose y compite ya en el siglo XX con el cine, la imagen y las pantallas en general. También nuevos estilos de vida modifican el significado de la lectura y el valor de tener libros en una casa. Si históricamente una familia consideraba que “ser” o pertenecer a la clase media no sólo

² Con el propósito de comprender la relación con el libro, la lectura, la existencia o no de una población lectora, hemos revisado encuestas de hábitos de lectura de 1998, 2001, 2007, y 2 realizadas en el 2011.



estaba asociado a la posesión de vivienda y otros bienes materiales, sino a tener un pequeña biblioteca, esto último ya no aparece asociado centralmente a una identidad de clase según se ha investigado sobre las nuevas clases medias que eligen vivir fuera de la ciudad (barrios cerrados, countries, etc.), donde se privilegia un valor como “calidad de vida”, asociado más a una naturaleza construida y menos al acceso a consumos culturales clásicos de esta clase como la salida al cine y la compra de libros. Sin embargo aunque no se practique el hábito de la lectura y la compra de libros, en un contexto de crisis y desesperanza como fueron los años 2001 y 2002 en la Argentina, los entrevistados de clase media despojados de sus reservas de dinero aludían a una reserva no material como el valor por los libros cuando defendían una identidad que no se sostenía en el capital económico.

En general, cuando se hace referencia a los consumos culturales se establece una relación con la lógica de la industria que genera los bienes o el campo en el cual se constituyen sus productores culturales, pero no ocurre lo mismo con la lectura y compra de libros. Se vislumbra en su paulatino declive un cambio de época, como así también y sobre todo un cambio de valores, una actitud subjetiva distinta, más atravesada por la extroversión que por la introspección.

Luego de esta reflexión en torno a la relación subjetiva con el libro y su cultura, nos detendremos en la diversidad de información derivada de las encuestas sobre el hábito de leer, sus énfasis, obsesiones y también, a veces, sus olvidos. Según destaca la encuesta de Gallup (2007), ampliamente difundida por el diario *La Nación*, entre los consumos culturales que más crecen se encuentra la música. Esto revela que tanto los medios de comunicación como los soportes digitales facilitan esta difusión. Es de señalar, sin ser melancólicos, que se han producido procesos de democratización de la oferta cultural en términos de accesos, pero también ha crecido la desigualdad social (<http://www.lanacion.com.ar/928150-cae-la-lectura-de-libros-y-crece-el-consumo-musical>). Sin embargo esto no ocurre con el resto de las esferas de la cultura. Este tipo de afirmaciones coyunturales y con alguna intencionalidad política coincide con análisis culturales que dan cuenta de un antes y un después en la esfera cultural en el siglo XX. Sociólogos y críticos culturales como Scott Lash y Fredric Jameson, entre otros, establecen una divisoria de aguas después de la Segunda Guerra Mundial en la esfera de la cultura. La sociedad de consumo a partir de los años 20, pero fundamentalmente a



partir de los años 50 y 60 estaría configurada a partir del impacto de los medios de comunicación, radio, cine y televisión, los cuales habrían facilitado la divulgación de la música y del drama, al decir de Williams, vía las series y telenovelas, incidiendo masivamente en la conformación de imaginarios sociales y desplazando en consecuencia a la literatura y ficción en general.

Por nuestra parte y retomando los alcances de dicha encuesta y una más reciente realizada a propósito del impacto cultural de la Feria del Libro, sospechamos que los procesos sociales regresivos inciden no sólo en los accesos sino en los procesos, gustos y capacidades intelectuales. Cuando nos preguntamos por los libros y la lectura, se parte de un presupuesto por el cual la lectura es importante, es necesaria y contribuye a formar personas más libres, mejores moralmente, más creativas o informadas. Según se ponga el acento en las encuestas los resultados van a variar. De ahí que estos aspectos incidan en los resultados y las conclusiones.

Determinar si la gente lee más o menos resulta una cuestión muy compleja e irresuelta si seguimos solo las ventas de libros, ya que las formas de producción y circulación y acceso/consumo del libro han cambiado, se han ampliado podríamos decir, como también el formato de producción de los textos. Con analizar en un plazo determinado la evolución de ventas y títulos publicados podemos aproximarnos a una tendencia, pero son necesarias las investigaciones centradas en el público, en los actores sociales, en definitiva en distintos contextos que nos van a permitir comprender mejor estos procesos. Quizás, a medida que fue mejorando la economía se vendió más, y nos hizo tener la ilusión de una nueva vinculación con el libro, pero ya las ventas no son solo nacionales sino que en muchos casos tienen alcance global y las tiradas son más reducidas, según podemos advertir en los cuadros.

Luego surge otra cuestión presente en diversos papers que está vinculada a la temporalidad: ser lector se define por la cantidad de tiempo dedicada a esta actividad, al leer en forma continuada. Pero ¿cuánto tiempo? Se define por lo que se lee. Pero ¿podemos hablar de lectura en una época donde la atención está dispersa entre múltiples actividades realizadas en forma superpuesta? ¿Cómo comparar?

En ese sentido, hay que ser cuidadoso cuando se leen los datos estadísticos. Por ejemplo, a pesar de que la Feria del Libro recibe 1,2 millones de visitantes por año, fenómeno que parece ir creciendo, y de que las editoriales ofrecen un mercado de 67



millones de ejemplares, más de la mitad de la población (el 58%) no leyó ningún libro el último año. Y el 55% no se anima a definir quién es el principal escritor argentino. Así lo refleja una encuesta de TNS Gallup de 2008 para *La Nación*, cuyos resultados muestran hábitos de lectura similares a los de la última medición, en 1999.

El estudio se hizo con entrevistas a 1006 personas, mayores de 18 años, y revela que el 42% leyó por lo menos un libro en los últimos 12 meses. El porcentaje desciende al 34% si se miden los últimos seis meses y llega al 23% cuando se toman en cuenta los textos leídos en el último mes.

En un primer análisis, los resultados indican que no han tenido mayor efecto en el hábito de lectura las campañas de organismos oficiales y asociaciones civiles en los últimos años, como tampoco tuvo gravitación el crecimiento de la Feria del Libro.

Otro dato que nos resulta significativo es la marca de clase que tiene la lectura de libros en las encuestas realizadas y conocidas en la última década. Tanto en la encuesta del 2001 como en la de 2011, cuyos resultados se dieron a conocer recientemente, los más lectores, los que leen libros enteros son un porcentaje reducido de la población que además tiende a concentrarse en las clases altas. Si se comparan los datos se manifiesta una mejoría entre la última medición y la realizada en el 2001, pero aquí hay que agregar la creciente presencia de la pantalla digital en la consideración de un público lector. En ese sentido es significativo de los cambios culturales que en la última encuesta se verifique que quienes más leen en términos de consumo de libros son lectores digitales: este tipo de lectura estimula a la lectura en papel. La digitalización de la lectura constituye una marca de clase porque si bien ha aumentado la presencia de la computadora en los hogares de clase baja vía planes sociales Conectar igualdad, no siempre se accede a la banda ancha y además los recursos intelectuales no son los mismos como para aprovechar la tecnología en términos de lectura, la cual a su vez requiere de una actualización permanente no siempre posible en hogares de bajos recursos económicos. Podríamos decir que tener tiempo para la lectura es una condición de clase.

En este nuevo mundo post noventa, otro gran tema que incide en la cultura en general y particularmente en el mundo de los libros y la lectura es el impacto de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información. Con respecto a esta cuestión se han suscitado diversos debates ya que al interrogante eterno acerca de si se leen más o



menos libros, ahora se agrega la cuestión de que ser lector no se circunscribe exclusivamente al mundo del libro impreso, sino que la aparición del ebook por un lado, y la escritura vía sitios en la web, blogs y diversas formas de la web 2.0 inciden en la emergencia de un nuevo tipo de lector.

En la última encuesta de la Secretaría de Cultura de la Nación, la modificación del soporte aparece asociada a la gente con alto nivel educativo y económico y notablemente aparece como la más lectora. Contrariamente a lo que se supone y se presupone, el contacto intermitente con las tecnologías incide en la lectura en papel. La posesión de tablets, notebooks y buenas PC contribuye a la lectura sistemática y empuja a la lectura en papel. Este dato es interesante, es revelador de las desigualdades en el acceso a la lectura y de cierto tipo de relación con la cultura que supone la cultura letrada. Ya no existiría una cultura letrada más allá del acceso y uso intensivo de las nuevas tecnologías sino que habría una identificación, sería la misma población la que más lee y más usa las tecnologías, lo cual demuestra la polarización social y cultural. No aparecen lectores intensivos no tecnológicos.

Siguiendo la lógica de las encuestas nacionales entre el 2001 y el 2011, o sea una década, se observa un leve crecimiento de las personas que leen 15/20 minutos diarios, de donde se podría deducir que un leve crecimiento del interés por la lectura estaría relacionado con un leve mejoramiento de la situación económica. De todos modos se mantiene alto el porcentaje de personas, en general estrechamente vinculado con su condición social desigual, lejos del mundo de los libros. Sí, en cambio, se observa en ambos casos que un porcentaje de 10 por ciento que estaría desvinculado de la lectura volvería a ella si se dieran ciertas condiciones, tiempo, accesibilidad etc.

Es notable a su vez la dimensión política que adquiere en la Argentina el tema. En un contexto de profunda polarización política, es notable cómo la cuestión de la lectura y los libros también se politiza. Al menos las miradas que construyen los diarios más importantes, implicados cada uno con una visión política opuesta, adquieren el mismo color. En un caso celebratoria, como por ejemplo el diario oficialista *Tiempo Argentino*, y en otros crítica, descalificatoria, con tendencia a la ridiculización de la encuesta, como el caso de las notas de los diarios *Perfil* y *La Nación*. En las encuestas estatales se puede observar una tendencia a considerar el tema de manera distinta a las encuestas de consultoras privadas. En las primeras se considera como lector a quien lee al menos 15



minutos diarios. En las privadas aparece la cuestión de a quién considerar un lector, y tanto en la de 2007 como en la de 2011 aparece como lector un porcentaje muy reducido, donde se contabiliza la cantidad de libros leídos por año y se intenta hacer una tipología de lectores.

En general en todas las encuestas la lectura no aparece como opción en el tiempo libre, excepto en aquellas personas estrechamente vinculadas con el libro. Lo interesante es que en la vida urbana se ubica a la lectura en distintas situaciones, no solo en el hogar, sino en el subte, en un bar, y no necesariamente la gente da cuenta de esta práctica asociada al tiempo libre.

Conclusiones

Todavía existe en la Argentina un efecto celebratorio del pasado en cuanto a la resonancia de su industria editorial en el exterior y fundamentalmente en el mercado en español. Esta afirmación coincide con una serie de variables económicas, sociales y culturales que colocaron a la Argentina en un lugar destacado y singular al mismo tiempo. Por otra parte también se da cuenta (y en esto coinciden las diferentes voces, tanto gubernamentales como periodísticas y del campo editorial) de que la industria ha mejorado su posicionamiento con respecto al predominio de variables negativas entre los 70 y fines del siglo XX, tanto en términos de producción de títulos como de libros impresos. La industria se ha transformado, ha mejorado junto con el optimismo generado por el crecimiento económico post 2003, pero al mismo tiempo que la globalización atraviesa la dinámica empresarial, también ha surgido un ancho espacio llamado independiente de muy diversos alcances. Aunque esta recuperación y el mejoramiento de su posición inciden en la dinámica de producción y consumo, tenemos dudas con respecto a la masificación o recuperación de una práctica generalizada de lectura, porque lamentablemente como en otros aspectos de la gestión estatal de estos últimos años, las estadísticas no son confiables, o al menos el criterio con el que se mide un fenómeno social. Como señala Luis Alberto Quevedo, el problema con las encuestas es que dan cuenta no de lo que la gente hace, sino de lo que la gente dice que hace. Entonces resulta muy difícil determinar si los números revelan un mejoramiento en esta práctica social. También es discutible la forma en que se define si una sociedad es más o menos lectora. Podemos hablar en esos términos de lector, leer cualquier material



impreso o virtual por un periodo de 15 minutos. ¿No deberíamos asociar ser lector a una situación más compleja vinculada a la imaginación, a la comprensión, a la asociación, a una situación de introspección? ¿Cómo generar el interés por la lectura en términos de placer, si el placer en la sociedad contemporánea se vincula con la espectacularidad? ¿Qué tiene de espectacular leer? Si, parafraseando a Paula Sibilía, la intimidad se construye como espectáculo, en ese caso leer sería lo contrario en términos subjetivos, se fundaría en una intimidad introspectiva. Quizás podríamos pensar que esa definición se resignifica en los términos de la cultura actual. En todo caso, más allá de que la estructura de sentimiento sea otra, difícilmente podemos hablar de más lectores pensando en gente que lee el diario 15 minutos, lo cual además supondría que lo lee a medias.

Bibliografía

- AA.VV. (2009). “Buscando señal. Lecturas sobre nuevos hábitos de consumo cultural”. CCECBA, Córdoba Argentina, http://ccec.org.ar/wp-content/uploads/2010/11/Project33_Layout-1.pdf
- Benzecry, Claudio (1997). “Subproducto: campo literario e industria editorial en la década del ‘90”. Ana Wortman (ed.), *Políticas y espacios culturales en Argentina*, Buenos Aires, University Press.
- Botto, Malena (2006). “La concentración y la polarización de la industria editorial 1990-2000”. José Luis De Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina 1880-2000*, Buenos Aires, FCE.
- Casullo, Nicolás (1998). *París 68, las escrituras, el recuerdo y el olvido*, Buenos Aires, Manantial.
- García Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos culturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- Genovese, Omar (2012). “La manipulación política de la estadística”. *Diario Perfil*, 8 sep.
http://www.perfil.com/ediciones/2012/9/edicion_709/contenidos/noticia_0004.html
- Getino, Octavio (1995). *Las industrias culturales en la Argentina*, Buenos Aires, Ciccus La Crujía.



- Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Gociol, Judith y Hernán Invernizzi (2003). *Un golpe a los libros*, Buenos Aires, Eudeba.
- _____ (2006). *Cine y dictadura*, Buenos Aires, Capital intelectual.
- Harvey, David (2000). *Espacios de esperanza*, Madrid, Akal.
- Hopenhayn, Martin (2001). “Vida insular en la aldea global. Paradojas en curso”, <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=30500207>
- _____ (2005). *América Latina. Desigual y descentrada*, Buenos Aires, Norma.
- Hopenhayn, Martin, Rolando Franco y Arturo de León (coords.) (2010). *Las clases medias en América Latina. Retrospectivas y nuevas tendencias*, México, Siglo XXI, CEPAL.
-
-
- _ (2010). “Las clases medias. Historias cruzadas y miradas diversas”. *Las clases medias en América Latina. Retrospectivas y nuevas tendencias*, México, Siglo XXI, CEPAL, 7-43.
- King, John (1985). *El di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*, Buenos Aires, Buenos Aires, Ediciones de arte Gagaglione.
- “La industria del libro en Argentina.”³ Trabajo realizado por el Centro de Estudios para la Producción (CEP), Secretaría de Industria, Comercio y de la Pequeña y Mediana Empresa, Ministerio de Economía y Producción. Página web: www.industria.gov.ar/cep
- Lash, Scott (1997). *Sociología del posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Romero, Luis Alberto (1995). “Una empresa cultural. Los libros baratos”. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política*, Buenos Aires, Sudamericana, 45-67.

3 Se agradece la colaboración para la elaboración de este informe a la Cámara Argentina del Libro (CAL), la Cámara Argentina de Publicaciones (CAP), la Cámara Argentina de Librerías, Papelerías y Afines (CAPLA), y a las empresas que participaron en la encuesta y/o fueron entrevistadas. Asimismo corresponde señalar la contribución del Foro de Industrias de Base Cultural, dependiente de la Subsecretaría de Industria.



- _____ (1986). “Buenos Aires en la entreguerra, libros baratos y cultura de los sectores populares”. Documento CISEA, Buenos Aires.
 - Sarlo, Beatriz (2006). “Surfear, leer o navegar”. *Clarín*, 23 abr. <http://edant.clarin.com/diario/2006/04/23/sociedad/s-01182264.htm>
 - Sunkel, Guillermo (2006). *Los consumos culturales en América Latina*, Bogotá, Convenio Andrés Bello.
 - Terán, Oscar (1993). *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, El cielo por asalto.
 - Thomas, Maximiliano (2012). “Qué lindo es vivir en la Argentina, un país lleno de lectores”. *La Nación*, 12 ago. <http://www.lanacion.com.ar/1503516-que-lindo-que-es-vivir-en-la-argentina-un-pais-lleno-de-lectores>
 - Williams, Raymond (1980). *Marxismo y literatura*, Madrid, Taurus.
 - Wortman, Ana (comp.) (1997). *Políticas y espacios culturales. Continuidades y rupturas*, EUDEBA, Buenos Aires.
 - _____ (comp.)(2003). *Pensar las clases medias*, Buenos Aires, Editorial La Crujía.
 - _____ (comp.) (2004). *Imágenes publicitarias, nuevos burgueses*, Buenos Aires, Prometeo.
 - _____ (2009). “Las clases medias en los post noventa”. *Entre la política y la gestión de la cultura y el arte. Nuevos actores de la Argentina contemporánea*, Eudeba, Buenos Aires.
 - _____ (2010). “Las clases medias en Argentina 1960-2008”. Martín Hopenhayn, Rolando Franco y Arturo de León (coords.), *Las clases medias en América Latina*, México, Siglo XXI, CEPAL, 117-168.
- Estudios sobre Hábitos de Lectura.
- http://ramirezbraschiunne.com.ar/index.php?option=com_docman&task=doc_view&gid=91&tmpl=component&format=raw&Itemid=6
 - http://www.lectura.gov.ar/images/stories/informe_encuesta_2001.pdf
 - <http://www.lanacion.com.ar/928150-cae-la-lectura-de-libros-y-crece-el-consumo-musical>
 - <http://www.lanacion.com.ar/1467680- apenas-el-11-de-los-argentinos-son-lectores-frecuentes>
 - <http://sinca.cultura.gov.ar/sic/habitosdelectura.php>

Primer Coloquio Argentino de
Estudios sobre el Libro y la Edición



-<http://tiempo.infonews.com/2012/08/25/sociedad-84203-encuesta-nacional-de-lectura-2012--siete-de-cada-diez-personas-leen-libros.php>

-Síntesis del Informe Final

http://ramirezbraschiunne.com.ar/index.php?option=com_docman&task=doc_view&gid=91&tmpl=component&format=raw&Itemid=6 (1998)

-“La industria editorial también es record”

<http://www.revistadebate.com.ar/2012/04/13/5296.php>